

Domingo XV per annum

Transcrito por [TurboScribe](#). [Actualizar a Ilimitado](#) para eliminar este mensaje.

Esta es la versión corta que escuchamos del Evangelio porque voy a hablar un poquito más también de las otras lecturas. Me gustaría comenzar por el final de este Evangelio, el que tenga oídos, que oiga. Eso es lo fundamental, si no estamos dispuestos a escuchar a Jesús, puede decir muchas cosas.

Y qué lindo la actitud de esta gente, que a mí me hace acordar también a ustedes que hoy se acercan aquí, que Jesús se sentó a orilla del mar, una gran multitud se reunió junto a él. Es decir, cómo la gente buscaba para escuchar a Jesús, qué lindo que es esa hambre, esa sed de esta gente de acercarse a escuchar a Jesús, buscaban algo que él les dijera para su vida. Y Jesús empieza a hablarles en parábolas, es decir, en comparaciones, y qué lindas que son las comparaciones que el Señor nos trae hoy.

En primer lugar, la primera lectura, quisiera rescatar esto, así habla el Señor, como la lluvia y la nieve descienden desde el cielo y no vuelven a él sin haber empapado la tierra, sin haberlo fecundada y hecha germinar, para que dé la semilla al sembrador y el pan al que come. Así sucede con la palabra que sale de mi boca, no vuelve a mí esté él. Las comparaciones son muy bonitas porque a veces nos sacan de lo teórico las palabras y las comparaciones nos ayudan a captar mejor.

No tenemos acá la experiencia de la nieve, pero sigue la lluvia y ahora la llovizna que está cayendo, que empapa la tierra para hacerla fecundar y que vuelva. Y así es la palabra de Dios, tiene que empapar la tierra de nuestra vida para que fecunde, para que dé fruto. Qué lindo que es esa lluvia que no rebota como esté en el asfalto, sino que puede permear la tierra.

La tierra es cada uno de nosotros. Esta comparación, qué lindo que nos da, para retomarla en el Evangelio. En el Evangelio se nos habla de la conocida parábola del sembrador.

Y en primer lugar, este sembrador es Dios, la generosidad de Dios. Uno puede decir, estás malgastando la semilla, porque siembra a todos lados. ¿Dónde sembraríamos nosotros? En alguna tierra preparadita.

Este sembrador siembra hasta en el camino, siembra las espinas. Como diciendo, ¿pero no te das cuenta que estás desperdiciando semillas? Y así es Dios con nosotros, siembra en todos, en todos. No deja, no discrimina a nadie.

Pero claro, después depende de nosotros en el terreno en que cae. La semilla es buena, es la palabra de Dios, es el mismo Jesús que viene a nosotros. ¿Pero qué cambia ahí para que dé frutos? Y el terreno.

El terreno no es lo mismo que esa semilla, que es buena, que tiene la potencialidad de crecer y

dar frutos, porque es la misma presencia de Dios, el mismo Jesús. ¿Pero qué necesita una semilla para desarrollarse? Y buena tierra. Cuidado, regarla.

Y así, bueno, hoy el Señor una vez más siembra en nuestra vida. Pero depende también de nosotros dónde cae, qué terreno somos. Y ahí me acuerdo de mi abuelo, Cándido, que vivía allí frente a la rotonda de la Macana, tenía una casa grande y tenía una quinta.

Tenía una quintita, no muy chica, tampoco tan grande, pero me acuerdo, ya cerca de los 80, y yo niño de 8 o 10 años, de ir con el escardillo y ir limpiando las plantitas de los yuyos, de las piedras. Y así es cada uno de nosotros en nuestra vida, en nuestro interior. ¿Cómo podemos nosotros habilitar a esa semilla para que caiga en nuestro terreno? Porque nosotros no somos tierra buena de una.

Tenemos que estar constantemente trabajando nuestra interioridad, trabajando nuestra tierra, sacándole esos yuyitos que quieren crecer, sacarle esas espinas que a veces están allí, no dejando que esa buena semilla nazca, siendo a veces piedra dura donde no tiene nada que hacer, no encuentra lugar esa semilla, o a veces muy superficial, sí, con todo entusiasmo, pero después se vuelve a secar. Esa semilla, que es la palabra de Dios, cae en nuestra tierra. Y el Señor confía en nosotros, por algo siembra, siembra en todo terreno, para que nosotros podamos también dar fruto.

Esa semilla que es la presencia de Dios, la palabra de Dios, necesita para crecer, como todo, tierra. Y esa semilla que va cayendo en esa tierra va brotando, va germinando. Es decir, Dios que se va derramando en nuestra vida para que también nuestra vida, esa presencia de Dios en nosotros pueda crecer, desarrollarse, dar frutos.

¿Y cuáles son los frutos? Y bueno, frutos de bondad, de servicio, de comprensión, de entrega. Lo que Él hizo, que se dice por allí, que también pasó haciendo el bien, bueno, nuestra vida sea testimonio de eso. Pero tenemos que estar atentos a que las semillas, a que las piedritas, a que los yuyos no estén allí.

Ese es nuestro trabajo, también nuestro trabajo espiritual. Y yo también lo llamo así, trabajo espiritual. Hay un trabajo así como manual y nos cansamos, también hay un trabajo así adentro, hacer la interioridad de limpiar esas cosas que entorpecen que el Señor Jesús crezca como esa buena semilla.

Y por último, una consideración también. Yo considero que los sufrimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria futura que se revelará en nosotros. Qué lindo, ¿no? Muchas veces nosotros tenemos que levantar la mirada y ver lo que nos espera en el tiempo futuro.

¿Por qué? Porque muchas veces sí hay sufrimientos en el tiempo presente y no pueden compararse con la gloria futura, es decir, lo que nos espera es mucho más maravilloso de estos sufrimientos. Y dice, y no sólo ella, también nosotros que poseemos la primicia del Espíritu

Santo, sabemos que la creación entera está en el presente, gime y sufre dolores de parto. ¿Cuántas mujeres hay acá, no? ¿Cuántas mamás quizá que sufrieron dolores de parto? Pero qué alegría cuando esos dolores vieron a la criatura, vieron la vida.

Bueno, San Pablo nos habla de esta comparación como que de esos dolores que a veces estamos peregrinando en esta tierra, se abrirá a la vida, no a la vida humana, sino a la vida eterna donde podamos encontrarnos con siempre. Y eso es por eso que dice eso, los sufrimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria futura que se revalorará en nosotros. Entonces también nos pone esta comparación de este dolor de parto para nacer también a la eternidad y a la vida nueva.

Hoy estamos rezando también por Nélis, en un mes de su fallecimiento. Y confiamos que desde la fe, así como Jesús murió y resucitó, también dé a Nélis y a cada uno de nosotros que peregrinamos el poder gozar de la plenitud de la gloria. De allí nace nuestra fe de la vida resucitada.

Muchas veces nosotros podemos decir, pero Señor, ¿qué has hecho con la muerte? ¿Por qué permite la muerte? Y ahí es la paradoja, ¿no? Dios no ha quitado la muerte de nuestro camino. Pero Dios murió porque Jesús murió. No la quitó, pero Jesús asume la muerte para resucitar.

Y así de nuestra muerte decir, bueno, también así como Jesús, Dios murió, nos anuncia la esperanza de la resurrección. Claro que la muerte la experimentamos en nuestros seres queridos, en cambio la resurrección la vivimos desde la fe, desde la esperanza. El Señor asume la muerte en Jesús para manifestarnos la vida en plenitud.

Que también sea para hoy nosotros que peregrinamos, miremos eso que nos espera y encontremos también fuerza y esperanza para todos los días seguir peregrinando para el encuentro definitivo con el Señor.

Transcrito por [TurboScribe](#). [Actualizar a Ilimitado](#) para eliminar este mensaje.